

LAS ELECCIONES NICARAGÜENSES DE 1984*

JOHN WEEKS**

LOS NICARAGÜENSES VAN A LAS URNAS

EL 4 DE NOVIEMBRE DE 1984, más de un millón de nicaragüenses (alrededor del 80% de los votantes registrados) acudieron a las urnas en todo el país para votar por un presidente y un vicepresidente de la República, y por una asamblea constituyente de 90 curules facultada para redactar una nueva Constitución. Pocas elecciones en este hemisferio han recibido tanta atención: las observaron 240 delegaciones extranjeras con más de 2 mil observadores. El número de informes y boletines de prensa que evaluaron el proceso electoral quizá estableció una marca que no se superará pronto. Durante la semana que precedió al 4 de noviembre, era difícil cruzar una calle o entrar en un restaurante en Nicaragua sin encontrar un observador extranjero.

Pocas elecciones en América Latina han tenido mayores implicaciones hemisféricas y de alcance mundial. A medida que se acercaba el día de las elecciones, éstas adquirieron en la prensa extranjera el papel no sólo de referéndum sobre la legitimidad del gobierno sandinista (y, por ende, de la propia revolución nicaragüense), sino de referéndum sobre la política de Estados Unidos en América Central. El candidato del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) a la vicepresidencia observó que su partido sostenía dos campañas, una contra la oposición interna y otra, simultánea, contra el gobierno del presidente Ronald Reagan.¹

* Traducción de Willy de Winter

** El autor fue miembro de una delegación para observar las elecciones nicaragüenses del 4 de noviembre de 1984. La delegación viajó bajo los auspicios de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (LASA) y la encabezó el presidente de ese organismo. La delegación, que incluyó a 15 estadounidenses, visitó Nicaragua del 28 de octubre al 5 de noviembre de 1984. El *Informe* de la delegación se publicó como complemento de la carta informativa de la LASA en diciembre de 1984. Si bien el artículo se documenta en el *Informe* de la LASA, es enteramente responsabilidad del autor y no de la LASA.

¹ Entrevista a Sergio Ramírez Mercado, el 2 de noviembre de 1984. A menos que se indique lo contrario, todas las entrevistas mencionadas en este artículo se efectuaron bajo los auspicios de la delegación de la LASA, a cada una asistieron cuando menos seis delegados y fueron grabadas. Solamente en nuestra entrevista en la embajada de Estados Unidos en Managua no se nos permitió grabar la conversación. Una lista completa de las personas entrevistadas aparece en el *Informe* de la LASA.

Desde el momento en que el gobierno nicaragüense anunció su intención de efectuar elecciones, el punto de vista oficial de Estados Unidos al respecto fue de escepticismo hostil. Conforme se debatía la ley electoral en Nicaragua y durante la campaña electoral subsecuente, las críticas estadounidenses fueron más enconadas. Aun antes de que terminara la campaña, funcionarios de Estados Unidos caracterizaron el proceso como carente de significado y como farsa, usando incluso la expresión "elecciones al estilo soviético" para calificar el proceso. Antes de que los nicaragüenses fueran a votar, el Departamento de Estado norteamericano emitió un documento que condenaba todo el proceso y estimaba que las elecciones habían creado una barrera nueva y tal vez insalvable a la búsqueda de una solución pacífica en América Central.²

Las críticas del gobierno de Reagan incluían: 1) que los sandinistas aprobaron precipitadamente la ley electoral en el Consejo de Estado,³ y que ésta incorporaba estipulaciones destinadas a asegurar la victoria del FSLN; 2) que los partidos políticos de la oposición no podían presentar claramente sus programas debido a la censura oficial, al carácter partidista de la Comisión Electoral y a las amenazas y actos de violencia contra sus candidatos y partidarios; 3) como resultado de esto, todos los partidos opositores de importancia se retiraron de la contienda, dejando sólo al FSLN en las urnas para cualesquiera fines prácticos; 4) el FSLN abusó de su posición como partido en el poder hasta el grado de destruir cualquier posibilidad de competencia política; 5) la población acudió a las urnas en un clima de miedo e intimidación; y 6) hay muchas evidencias de que en las elecciones hubo fraude y votos apócrifos.⁴ En conjunto, estas críticas son la base del argumento de que la naturaleza de las elecciones descartaba cualquier lucha por el poder político en Nicaragua y de que las elecciones fueron una cínica argucia para dar un cariz de legitimidad a un régimen opresor. Este juicio devastador de las elecciones nicaragüenses no constituye solamente la opinión del gobierno de Reagan, sino que generalmente lo apoyan, cuando menos en principio, los dirigentes del Partido Demócrata estadounidense.

LOS MITOS DEL MARXISMO-LENINISMO

Toda la evidencia disponible sugiere que ninguna de estas críticas es válida; o que si se apoyan en circunstancias reales, son distorsiones en un grado de falsificación. La opinión de que las elecciones nicaragüenses representaron un fraude no es, en esencia, una conclusión basada en los acontecimientos reales;

² "Sandinista Elections in Nicaragua", United States Department of State, sin fecha.

³ El Consejo de Estado es el organismo legislativo creado después de la caída de Somoza. El FSLN, junto con los grupos que lo apoyan, ha tenido la mayoría de los asientos.

⁴ Esta acusación la formuló un diplomático estadounidense en Centroamérica ante la delegación de la LASA durante una entrevista en la embajada de Estados Unidos en Managua, el 30 de octubre de 1984, aun antes de que tuvieran lugar las elecciones. La han reiterado representantes del Departamento de Estado, aunque no apareció en documentos oficiales.

tampoco es, estrictamente hablando, una conclusión basada en la interpretación de los hechos. Más bien, es una extensión de la antipatía ideológica hacia el régimen nicaragüense, que data de mucho antes del proceso electoral. Esta antipatía se deriva de la opinión de que los sandinistas son “marxistas-leninistas”. Para la mayoría de quienes elaboran la política en Estados Unidos, el “marxismo-leninismo” tiene una connotación casi religiosa, y es respecto a los valores democráticos lo mismo que el anticristo frente a los valores de la cristiandad. En este empleo metafísico de la política, los marxistas-leninistas se catalogan como totalitarios, empujados inevitablemente por su ideología hacia la destrucción de la libertad de sus pueblos e impulsados por esa ideología a extenderse y subyugar a otros pueblos.⁵ Dentro de los confines de estos mitos, la posibilidad de que un gobierno marxista-leninista organice elecciones “justas y con significado” está excluida por definición. En el caso de Nicaragua “no hay duda” de que el FSLN destruyó la libertad y la democracia; sólo es necesario “demostrar” la manera en que esto se realizó.

Este punto de vista anti-racional del conflicto político proporciona una interpretación *ex ante* de los acontecimientos en Nicaragua, de modo que es posible conocer la consecuencia de hechos antes de que se produzcan; es un tipo de conocimiento *ex ante* en el que, al igual que en el místico, se puede predecir el futuro. Además, este conocimiento se deriva no de alguna variante del determinismo histórico, sino de las motivaciones atribuidas a quienes han caído bajo la magia negra del marxismo-leninismo. Así, el Departamento de Estado norteamericano, en su documento sobre las elecciones nicaragüenses, establece las motivaciones “verídicas” (y cónicas) de los sandinistas al celebrar las elecciones de 1984.⁶

Queda fuera de los fines de este artículo proporcionar una crítica detallada de la metafísica del anticomunismo. Sin embargo, algunos puntos deben quedar en claro. Las ideologías políticas, las etiquetas y la retórica constituyen la forma en que se expresa el conflicto político, no son el conflicto político en sí. Las ideologías se elaboran con abstracciones, y si bien estas abstracciones tienen referencias reales, la relación entre lo abstracto (“libertad”) y lo concreto (la posición real de un individuo en un sistema social específico) se mide por un cúmulo de factores históricos y culturales particular a cada caso concreto. Por ejemplo, Jomo Kenyatta podría llamarse a sí mismo un “socialista africano”, aunque bajo su gobierno Kenya siguió tal vez el desarrollo más capitalista de África. En algunos casos, estas abstracciones ideológicas pueden interpretarse tan ampliamente que llegan a ser absurdas: los tres Somozas se referían a sí mismos como presidentes “democráticamente elegidos” de Nicaragua.

⁵ Es interesante notar que la tesis de que el marxismo-leninismo es una doctrina expansionista e imperialista tiene su contraparte en la ideología marxista-leninista. Desde los tiempos de Lenin ha sido una tesis central del movimiento comunista que el capitalismo es inherentemente expansionista, y que su tendencia a extenderse implica inevitablemente la guerra entre los países capitalistas.

⁶ “Sandinista Elections”, pp. 2-3 y *passim*.

En el caso del “marxismo-leninismo”, sin embargo, la tendencia dominante en la política estadounidense es no considerar la etiqueta como una abstracción que cada usuario interpreta a la luz de un contexto histórico específico, para actuar con flexibilidad ante las presiones y los límites de las circunstancias políticas reales. Así, a los gobernantes en el hemisferio con ideologías dogmáticas y antidemocráticas, como Roberto D'Aubuisson en El Salvador, Ríos Montt en Guatemala y Pinochet en Chile, los medios de comunicación de Estados Unidos los presentan como esencialmente políticos, capaces de flexibilidad en respuesta a condiciones políticas cambiantes. En cambio, los calificados como “marxistas-leninistas” no son políticos sino rígidos ideólogos. Al igual que Hitler, tienen un plan para el totalitarismo que deben seguir inevitablemente contra toda oposición, y que las circunstancias concretas sólo aceleran o demoran, nunca lo alteran ni lo enmiendan. En su caso, la flexibilidad y el pragmatismo son sólo artimañas para ocultar la agenda secreta que les legaron Marx y Lenin.

Un discurso racional sobre las elecciones nicaragüenses es víctima de este punto de vista metafísico del marxismo-leninismo, tan impreciso y poderoso en el debate político como el concepto del pecado original en la religión. El entendimiento de las elecciones nicaragüenses y de sus futuras implicaciones puede lograrse solamente rompiendo con las restricciones ideológicas y aceptando el principio de que los acontecimientos en Nicaragua pueden ser objeto de un análisis racional.

EL MITO DE UNA NICARAGUA MARXISTA-LENINISTA

La metafísica del marxismo-leninismo es generalmente aceptada en el debate político sobre América Central. Igualmente aceptada es la opinión de que el FSLN es un partido marxista-leninista, y que por lo tanto un Estado marxista-leninista gobierna a Nicaragua. Es acusación común de los oponentes del sandinismo que los dirigentes del FSLN se han definido a sí mismos como marxistas-leninistas, por lo que la cuestión puede considerarse cerrada.⁷

Lo importante no es lo que uno o todos los dirigentes sandinistas se nombran a sí mismos (después de todo, Somoza se hacía llamar demócrata), sino lo que sus políticas y sus actos revelan que son. A fin de llegar a una conclusión, primero debemos presentar una definición del marxismo-leninismo, luego ver si el FSLN se ajusta a ella. La base de un Estado marxista-leninista es un partido marxista-leninista. Considero rasgo fundamental de ese partido su carácter elitista y de vanguardia. Es elitista en el sentido de que sus miembros representan una porción pequeña, si no es que diminuta, de la pobla-

⁷ Véase el análisis de la ideología de los sandinistas en David Nolan, *The Ideology of the Sandinistas and the Nicaraguan Revolution*, Coral Gables, University of Miami Press, 1984. Si bien el trabajo de Nolan es interesante y meticuloso, nuestro argumento es que la naturaleza política de un movimiento la determinan sus actos, no lo que escribe ese movimiento sobre sí mismo.

ción. Es vanguardista porque proporciona liderazgo y dirección política a la población. Aquí, el liderazgo va más allá de dar órdenes meramente. En México, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) es un partido elitista que proporciona dirección política, pero no es marxista-leninista. Un partido marxista-leninista es uno políticamente disciplinado que desarrolla la conciencia de la población. Lenin, en sus muchos escritos, atacó vehementemente el anarquismo por su fe en el entusiasmo espontáneo de las masas, y argumentó que esa espontaneidad tenía que dirigirla el partido. Así, un partido marxista-leninista asume la dirección política de las masas. Además, el partido en sí es "democrático centralista", lo que en la práctica implica que hable con una voz y establezca una "línea" que todos sus miembros deben apoyar y poner en práctica. Son estas características las que dan a ese partido su apariencia monolítica.

A mayor abundamiento, un partido marxista-leninista promueve cierta estructura o modelo de sociedad. La agenda de ese partido es lograr una transición al socialismo, y si bien la naturaleza de este periodo de transición está sujeta a intenso debate, hay acuerdo sobre ciertas características. Primero, se supone que el periodo de transición sienta las bases de una sociedad sin clases. En la práctica, esto implica no solamente la eliminación de las clases propietarias (capitalistas y terratenientes), sino la transformación progresiva del campesinado en trabajadores urbanos. Implícita en el concepto de una sociedad sin clases, hay una propensión anticampesina. En segundo lugar, afecta la transición al socialismo el monopolio estatal de los medios de producción, que implica un papel planeador central para el Estado.

Antes de analizar las credenciales marxistas-leninistas del FSLN y su estilo de gobierno, es necesario aclarar varios puntos confusos. Primero, se ha alegado que en Nicaragua no existe separación entre el partido dominante y el Estado (incluyendo a los militares), y que esta unidad de Estado y partido hace que el FSLN tenga la marca de marxista-leninista. Aunque en la ideología marxista-leninista el Estado y el partido son inseparables, esto es rasgo también de partidos que obviamente no son marxistas-leninistas. Un ejemplo claro en América Latina es México, donde el PRI ha figurado junto con el Estado durante más de 50 años. La unidad de Estado y partido es un fenómeno común, no marxista-leninista, tanto en África como en el Medio Oriente. La estrecha identificación de Estado y partido en Nicaragua es compatible con diversas opciones políticas.

En segundo lugar, que el Estado controle importantes sectores de una economía no indica una agenda marxista-leninista. En varios países latinoamericanos el Estado dispone de gran parte de la producción (por ejemplo, en Venezuela, Brasil y México), pero nadie sugiere que alguno de esos países (salvo Cuba) esté en el camino del socialismo.⁸ El hecho de que el Estado controle incluso bienes de producción es congruente con una amplia gama de ideolo-

⁸ Puede agregarse que a principios de los años setenta, casi 50% del PNB británico se originó en actividades del Estado. Esto no dio a Gran Bretaña una economía socialista.

gías, y en la práctica encontramos considerable propiedad del Estado en regímenes harto conservadores.

La observación de las prácticas del FSLN demuestra que no es un partido marxista-leninista. En primer lugar, no es un partido de vanguardia, aunque al igual que muchos partidos no marxistas-leninistas de América Latina emplea el término “vanguardista” para calificarse. Como se hizo notar antes, un partido marxista-leninista se considera a sí mismo de vanguardia en el sentido de que proporciona dirección política y liderazgo para encauzar la espontaneidad de las masas. Los dirigentes del FSLN han puesto en claro repetidas veces que su partido no desempeña un papel disciplinario. Por el contrario, en su retórica los líderes alaban la rebelión espontánea e indisciplinada del pueblo nicaragüense. Esto quedó demostrado en agosto de 1984, cuando Daniel Ortega se rehusó a criticar a la gente que desbarató las reuniones de Arturo Cruz y sus partidarios en varias ciudades de provincia.⁹ La “frustración e ira” del pueblo nicaragüense la compartió también el hermano de Daniel Ortega, Humberto, cuando dispersaron una reunión del Movimiento Democrático Nicaragüense de Alfonso Robelo en Nandaime, en 1981.¹⁰

Estas posiciones reflejan una filosofía política general del FSLN que tiene sus raíces en el anarcosindicalismo. Sandino, en la medida en que tenía una filosofía política coherente, era un anarcosindicalista que veía la transformación social como resultado de la insurrección espontánea de las masas, más bien que de una revolución encabezada por una vanguardia.¹¹ La forma en que derrocaron a Somoza pareció confirmar, ante el liderazgo sandinista, el camino antileninista de Sandino hacia la revolución. Los comentaristas del exterior¹² y la propia dirección del FSLN¹³ convienen en que los sandinistas no generaron la insurrección, ni la encabezaron, ni la dirigieron sino en sus últimos meses. La insurrección, casi exclusivamente urbana, fue espontánea, tanto así que el FSLN frecuentemente se encontraba tan lejos de la pelea que tenía que enviar precipitadamente sus cuadros a Nicaragua para afirmar alguna dirección. Decenas de miles de nicaragüenses, en su mayoría jóvenes, tomaron las armas (a menudo piedras y palos) y 30 mil de ellos murieron, aunque el FSLN nunca tuvo más de 3 mil militantes (menos que eso hasta los meses finales de la lucha).¹⁴

La naturaleza esencialmente espontánea de la insurrección tuvo un profundo impacto en la ideología del FSLN, y llevó a que su práctica rechazara el punto de vista leninista de la revolución. Además, dentro del FSLN el concepto más leninista de una revolución encabezada por la vanguardia se desacreditó

⁹ Estos incidentes se narran (de segunda mano) y se falsean en Robert S. Lieken, “Nicaragua’s Untold Stories”, *The New Republic*, 8 de octubre de 1984.

¹⁰ Posteriormente, Robelo salió de Nicaragua y se convirtió en dirigente de una banda contrarrevolucionaria en Costa Rica.

¹¹ Véase Gregorio Selser, *Sandino*, Nueva York, Monthly Review Press, 1981.

¹² John Booth, *The End and the Beginning*, Boulder, Westview Press, 1982.

¹³ Tomás Borge *et al.*, *Sandinistas Speak*, Nueva York, Pathfinder Press, 1982, pp. 33.

¹⁴ Booth, *op. cit.*

por el dramático éxito de Edén Pastora en su ataque al Palacio Nacional, en 1978. El grupo de la tendencia tercerista se había separado para formar una organización independiente, precisamente por causa de la cuestión de las tácticas revolucionarias. Los terceristas rechazaban el parecer de que la población nicaragüense no estaba lista para una insurrección de masas, y de que esta supuesta falta de preparación requería un periodo de propaganda política. Los terceristas sostenían que el espíritu de la rebelión ardía espontáneamente en las masas, y que un golpe audaz, aventurero, iniciaría una insurrección general. Los acontecimientos que siguieron a la captura del Palacio Nacional no eran inconsistentes con este punto de vista. Si bien este argumento está sujeto a duda, para 1979 las tres facciones del FSLN consideraban correcta la estrategia tercerista, y la naturaleza inherentemente revolucionaria de las masas se convirtió en dogma sandinista.

Esta fe en la rebelión espontánea cataloga la ideología del FSLN como no leninista y tiene importantes implicaciones para la organización del partido. Primeramente, no es un partido caracterizado por posiciones políticas que los miembros deban aceptar, ni por una disciplina democrática centralista para poner en práctica una línea política. Como lo sabe cualquiera que haya trabajado con los sandinistas, un miembro del partido puede sostener casi cualquier posición política y no someterse a una disciplina. Los únicos requisitos son mostrarse nacionalista nicaragüense (lo que implica ser anti-Estados Unidos)¹⁵ y leal al partido. A diferencia de los partidos marxistas-leninistas, se hace poco énfasis en la educación política de los militantes, lo que en parte explica la falta de una línea partidaria sobre la mayoría de asuntos. La tendencia anarquista del FSLN aparece en la organización del partido. Durante 1981 y 1982, cuando trabajé en Nicaragua, el funcionamiento de las unidades locales variaba mucho. En unos cuantos casos, las reuniones de estas unidades eran secretas, y asistían solamente los miembros plenos del partido. Pero en otros casos, las reuniones eran abiertas y podía asistir cualquiera que trabajase en alguna fábrica u oficina. Aunque se requiere mucha más investigación para determinar la naturaleza del FSLN como partido político, la práctica del movimiento y evidencias concretas apoyan poco la opinión de que es marxista-leninista.¹⁶ Más bien, el FSLN puede caracterizarse, preliminarmente, como un partido de membrecía restringida, con una ideología basada en el anarcosindicalismo y el populismo latinoamericano.

Ciertamente, el programa económico del FSLN es esencialmente populista; y si hay una agenda secreta para crear un "socialismo al estilo cubano", está muy bien escondida. Ni la actual estructura de la propiedad en la economía, ni la organización de la política económica, obedecen a un modelo de planeación central. Poco después de la caída de Somoza, el nuevo gobierno

¹⁵ Nos referiremos luego al sentimiento antiestadunidense.

¹⁶ En el nivel de los símbolos, el FSLN no pasa la prueba como marxista-leninista. Uno busca en vano en los ministerios y oficinas del partido carteles de los fundadores del movimiento comunista. La cara ubicua que uno encuentra es la de Sandino y, con menos frecuencia, la de Carlos Fonseca Amador, uno de los fundadores del FSLN.

(que incluyó a Alfonso Robelo, quien ahora es parte de la contrarrevolución) confiscó la propiedad del ex-dictador y la de sus allegados. En los sectores más importantes de la economía (las exportaciones agrícolas), la confiscación afectó bastante menos del 20% de la producción, y en las manufacturas, la proporción fue de 27 por ciento.¹⁷ Para 1984, 70% de la producción agrícola exportable seguía en manos privadas (grandes productores en su mayor parte) y prácticamente toda la producción de alimentos básicos (maíz, frijol y arroz). Uno de los grandes éxitos de la agricultura post-revolucionaria es el relativo a la producción de arroz, que en buena medida proviene de grandes propiedades privadas. En este caso, la cooperación entre el Estado y los productores privados ha dado por resultado aumentos substanciales en la producción.¹⁸

La severa crisis en la balanza de pagos ha resultado en la contracción del sector de las manufacturas. Desde 1982, las fábricas empezaron a cerrar debido a la falta de insumos importados. Si el gobierno sandinista se hubiera comprometido ideológicamente con una economía controlada por el Estado, la falta de divisas extranjeras le habría servido de excusa para imponer una "agenda socialista" en las manufacturas. Pero el control del Estado sobre la producción aumentó muy despacio, de 27% en 1979 a 31% en 1981, y a poco menos de 40% en 1984.¹⁹ De hecho, es asombroso que el gobierno sandinista no haya efectuado más expropiaciones. La mayoría de los capitalistas privados de Nicaragua son miembros del Consejo Superior de Empresa Privada (COSEP), equivalente a una cámara de comercio, que simpatiza abiertamente con la contrarrevolución armada.²⁰ Si los sandinistas desearan "destruir" al sector privado —de lo que se les acusa a menudo— tendrían listas dos excusas: la escasez de divisas extranjeras y el apoyo de la "quinta columna" a la contrarrevolución. Pero no lo han hecho, aunque ciertamente tendrían el poder de hacerlo si lo desearan.

Otra evidencia del compromiso *de facto* con una economía mixta es la ausencia de una estructura institucional de planeación central. Existe en Nicaragua el llamado Ministerio de Planificación (MIPLAN) encabezado por un miembro del Directorio Nacional, conocido por su gran simpatía hacia la Unión Soviética y su modelo económico.²¹ Éste, sin embargo, es un ministerio que

¹⁷ Para mayores detalles, véase John Weeks, *The Economies of Central America*, Nueva York, Holmes & Meier, 1985, capítulo 7.

¹⁸ *Sistemas de Comercialización*, Ministerio de Comercio Interior de Nicaragua, marzo de 1983.

¹⁹ Véase John Weeks, "Industry in the New Nicaragua", en Thomas Walker (ed.), *The Nicaraguan Revolution: Five Years After*, Nueva York, Praeger, 1985, y John Weeks, "The Central American Economies in 1983 and 1984", en Jack Hopkins (ed.), *Latin America and Caribbean Current Research*, Nueva York, Holmes & Meier, 1985. La proporción para 1984 se basó en cálculos del Banco Central de Nicaragua. El término "control del Estado" se refiere a todas las compañías en las que el gobierno tiene propiedad mayoritaria, pero el gobierno asegura no tener influencia en la toma de decisiones diaria. Para un análisis de esto véase Weeks, *The Economies*, capítulo 7.

²⁰ Un estudio que simpatiza con el COSEP y el capital privado en Nicaragua es el de Dennis Gilbert, "The Private Sector in Nicaragua", en Thomas Walker (ed.), *The Nicaraguan Revolution*.

²¹ Vale la pena observar, empero, que el comandante Ruiz fue "invitado a salir" de la Unión Soviética en 1960, por tratar de organizar a sus compañeros universitarios.

no funciona. No solamente no planea ni aplica planes económicos, sino que no ha producido un documento de planeación importante desde 1981. La casi nula participación del MIPLAN en la política económica nacional es un hecho que puede verificar cualquier representante de organismos multilaterales que haya trabajado en Nicaragua desde 1979.

En la práctica, la política económica en Nicaragua es difusa y fragmentada hasta el grado de ser caótica. La política agrícola la dirige de manera autónoma, en gran parte, el Ministerio de la Reforma Agraria, cuya falta de entusiasmo para cooperar con otros ministerios es notoria.²² La política económica diaria (prácticamente la única que existe), la formulan civiles en ministerios que realizan la misma actividad que en otros países latinoamericanos, con los mismos instrumentos de política. Desde la reorganización del sector financiero en 1983, el Banco Central de Nicaragua (BCN) ha sido la más importante institución encargada de elaborar la política económica general, como era el caso antes de la revolución. Como en la mayoría de los demás países latinoamericanos, todas las transacciones legales con divisas extranjeras (excepto las que usan los turistas) se efectúan a través del Banco Central. Los préstamos del exterior y las utilidades por las exportaciones fluyen primero al BCN, y luego un comité interministerial los distribuye para diversos usos. Este arreglo es común en el hemisferio.

Después del BCN, los principales autores de la política económica son los ministerios de Comercio Interior, Comercio Exterior y Finanzas, todos civiles.²³ Estos ministerios, junto con el BCN, han promovido una política económica común a los regímenes populistas latinoamericanos (el de Velasco en Perú, por ejemplo).²⁴ El desarrollo económico se ha estimulado con la política fiscal y monetaria expansionista, financiada con déficit presupuestarios, cuyos límites dependen de la presión de la balanza de pagos. Los controles internos de los precios de los artículos básicos, junto con subsidios a los productores, se han aplicado para tratar de mantener bajo el costo de la vida en las áreas urbanas. El Estado ha realizado la mayoría de las inversiones, principalmente en carreteras y otra infraestructura económica y social. En breve, el gobierno sandinista ha seguido una política económica populista y reformista dentro de una economía predominantemente capitalista. Por lo tanto, la economía ha

²² Las divisiones, dentro de este ministerio, entre quienes desean que se conceda más importancia a la agricultura en gran escala (estatal y privada) y quienes favorecen la producción campesina, son particularmente notorias. Este conflicto sobre prioridades ocasionó que se retrasara casi dos años un gran préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo.

²³ Se debe agregar a Sergio Ramírez, quien asumió la responsabilidad de la política económica en la Junta de Gobierno, el organismo que sirvió como cabeza del Estado antes de las elecciones.

²⁴ No es casualidad que el asesor económico extranjero más importante de los sandinistas, E. V. K. Fitzgerald, sea el mismo que dio asesoría en Perú durante la "revolución peruana". Fitzgerald, inglés educado en "Oxbridge", es profesor en el Instituto de Estudios Sociales de La Haya. Quien busque una fuerte dosis de marxismo en la obra publicada de Fitzgerald (que es copiosa), resultará desilusionado. Uno encuentra una poderosa marca de la escuela de Keynes, muy influyente en la Universidad de Cambridge, donde Fitzgerald fue profesor durante varios años.

sufrido de los males asociados con esa política: presiones inflacionarias, déficit en la balanza de pagos, mercado negro de los productos sujetos al control de precios y grandes déficit presupuestarios. Hoy día, estos males conducen al gobierno nicaragüense a cambiar su política en dirección de menos controles y mayor libertad al sector privado. Considero que ésta ha sido la tendencia desde mediados de 1982, y los dirigentes sandinistas han indicado que ocurrirán cambios importantes de política para alentar al sector privado en 1985.²⁵ A menos que la presión militar norteamericana altere el contexto de la política, los significativos pasos hacia la liberalización económica diluirán el paquete sandinista de políticas populistas.

No debe sorprendernos descubrir un régimen de política económica populista en Nicaragua, pues esto es lo que siempre prometió el FSLN.²⁶ Cuando se les pide que identifiquen su filosofía económica, los dirigentes sandinistas la caracterizan con la expresión "la lógica de la mayoría". El argumento es el siguiente: una economía dominada por el capital privado se caracteriza por "la lógica de la minoría", ya que la parte del león de las ganancias va a los pocos acaudalados, y una parte mínima, a la mayoría pobre; en Nicaragua, las reglas de la economía están alterándose de modo que los beneficios lleguen primero, y primordialmente, a la mayoría pobre. En este modelo, la minoría acaudalada sobrevive pero debe aceptar el gobierno de la mayoría.²⁷ Esta visión de la sociedad es populista, y hace hincapié en la distinción entre el rico y el pobre, más bien que en un análisis de la sociedad en términos marxistas. Este modelo de sociedad decididamente no es marxista-leninista.²⁸ La cuestión de si el liderazgo sandinista está sinceramente comprometido, en el fondo, a instituir una economía mixta, no se presta a un análisis. Cualesquiera que sean sus pensamientos secretos, el liderazgo está comprometido con esa economía en la práctica.

Poco antes de las elecciones nicaragüenses, se le preguntó a Sergio Ramírez en una entrevista si el FSLN se consideraba a sí mismo como un partido marxista-leninista. Respondió que el FSLN era marxista en cuanto que aceptaba la interpretación de la historia de Marx, pero que esta interpretación no

²⁵ Esta predicción la escuchó la delegación de la LASA en una entrevista con Sergio Ramírez Mercado, el 2 de noviembre de 1984; la reiteró Jaime Wheelock Román, en una entrevista el 3 de noviembre de 1984. Un importante funcionario del Banco Central me dijo lo mismo en una entrevista el 3 de noviembre de 1984, enumerando varias medidas específicas para liberalizar los controles de precios, reducir los subsidios a los alimentos y aflojar las restricciones al mercado de divisas.

²⁶ Booth, *op. cit.*, pp. 13-18 y *Plan de reactivación económica en beneficio del pueblo*, Ministerio de Planificación de Nicaragua, 1980.

²⁷ Véase el *Informe* de la LASA, que analiza la ideología de la "lógica de la mayoría" en el contexto de las elecciones de 1984.

²⁸ El modelo marxista-leninista no exige el gobierno de la mayoría, sino más bien la "dictadura del proletariado", basada en el papel estratégico de la clase trabajadora en el proceso revolucionario, no en su tamaño. La famosa *Crítica del programa de Gotha* de Marx es un ataque a los argumentos del tipo de "la lógica de la mayoría". Véase Karl Marx, *La Primera Internacional*, que desarrolla esta crítica.

implicaba un modelo específico para organizar la sociedad. Lenin, añadió, patrocinaba un modelo específico de sociedad, y el FSLN no apoya ese modelo. Por lo tanto, concluyó, el FSLN no es leninista.²⁹ Para un anticomunista convencido con mentalidad de guerra fría, una distinción como la que hizo Ramírez podría parecer deleznable, como una disputa entre izquierdistas sobre matices. Sin embargo, cualquiera que esté familiarizado con el desarrollo de los partidos social-demócratas en Europa y América Latina, reconocerá en la posición de Ramírez la ideología de esos partidos en sus primeras etapas. En efecto, el marxismo fue parte de la ideología del Partido Laborista británico hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

EL PECADO DE LOS SANDINISTAS³⁰

El pecado de los sandinistas, que hace creíble el mito de su marxismo-leninismo, es su antinorteamericanismo. Cuando se comete este pecado en el hemisferio occidental, no hay redención ni perdón del gobierno de Estados Unidos. Aunque no es marxista-leninista, en la práctica el liderazgo del FSLN es firme en su antinorteamericanismo y confiere a Nicaragua la única política exterior antiestadunidense en el hemisferio, excepto la de Cuba. Ciertamente, éste es el sentido preciso en que Nicaragua representa "otra Cuba" en América.

Las políticas exteriores hostiles a Estados Unidos se han tolerado en otras partes del mundo (cuando menos hasta hace poco), pero no en el hemisferio occidental, y los políticos estadounidenses de ambos partidos equiparan esa política con el marxismo-leninismo. Esta actitud refleja una incapacidad de esos políticos (y tal vez del pueblo estadounidense) para ponerse a la altura del papel de Estados Unidos como potencia mundial dominante. Estrechamente relacionado con el mito del marxismo-leninismo, existe el mito de que Estados Unidos es universalmente admirado y respetado, de modo que los sentimientos antiestadunidenses sólo pueden explicarse por la ideología venenosa que emana de la Unión Soviética. Como no puede haber causa válida para el antinorteamericanismo, su manifestación es siempre, y dondequiera, resultado del nefasto marxismo-leninismo.

Es una pregunta interesante el por qué Estados Unidos, entre todas las grandes potencias pasadas y presentes, se halla tan enfermo de la creencia en su propia virtud.³¹ En parte, esto puede reflejar la ausencia de un proceso de descolonización. Cada una de las principales potencias europeas y Japón ha pasado, en este siglo, por una etapa de otorgar la independencia a sus colonias,

²⁹ Entrevista con Sergio Ramírez Mercado concedida a la delegación de la LASA el 2 de noviembre de 1984 en Managua.

³⁰ Este subtítulo se inspira en un encabezado en la portada de la revista *The New Republic*, "El pecado de los sandinistas", que se refería a un artículo de Robert Leiken en el número del 8 de octubre de 1984.

³¹ Este asunto lo examina con profundidad Richard Feinburg, *The Intemperate Zone*, Nueva York, W.W. Norton, 1983. Véase la introducción.

con un proceso asociado de reflexión nacional sobre los abusos de su poder. Pocos políticos franceses u holandeses o británicos serían tan extremadamente chovinistas como para pensar que solamente los comunistas tienen objeciones y críticas al dominio de una gran potencia. Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, en el Tercer Mundo han proliferado líderes virulentamente antibritánicos, antifranceses, etc., a los que nadie acusaría de tener simpatías marxistas-leninistas. De hecho, en algunos casos las ex-metrópolis han establecido estrechas relaciones diplomáticas y comerciales con ex-colonias dirigidas por los que antes eran críticos (por ejemplo, Francia y Argelia, Gran Bretaña y Kenya). Con todo, es difícil pensar en un solo caso en Latinoamérica en el que el gobierno estadounidense haya tenido la paciencia de establecer una buena relación con un crítico.³²

De cualquier modo, no existe en Estados Unidos reconocimiento oficial de su papel colonialista en América (ni siquiera en Puerto Rico); mucho menos hay reconocimiento de un dominio político y económico sobre los países del hemisferio. Esto es trágico, sobre todo en el caso de Nicaragua, pues ningún observador relativamente desinteresado podría negar que el papel de Estados Unidos en este diminuto país generó un profundo antinorteamericanismo.³³ En 1909, el gobierno de Estados Unidos promovió el derrocamiento del presidente de Nicaragua, José Santos Zelaya; de 1912 a 1933, las tropas de Estados Unidos ocuparon el país continuamente (excepto por un año) y libraron una guerra contrainsurgente en la que murieron miles de nicaragüenses; asesores norteamericanos adiestraron una guardia nacional que formó la base de la dictadura de una familia que gobernó durante 45 años; y más recientemente, el gobierno de Estados Unidos reclutó, adiestró y armó una fuerza insurgente que ataca a Nicaragua desde dos fronteras. Un nicaragüense no necesita ser marxista-leninista para ser antinorteamericano; sólo necesita ser nacionalista.

Pero estas manifestaciones concretas del abuso del poder no han entrado en la conciencia de los autores de la política estadounidense, demócratas o republicanos. Funcionarios del gobierno de Reagan y ex-funcionarios de los años del presidente Carter gustan de señalar que el gobierno de Estados Unidos fue el principal donador de ayuda a Nicaragua en los dos primeros años después de la caída de Somoza. Por esto, concluyen que el antinorteamericanismo de los sandinistas representa intransigencia ideológica ante la buena voluntad estadounidense, como si dos años de modesta generosidad pudieran cancelar el resentimiento nacional colectivo de siete décadas.³⁴

³² Un caso es la relación con el régimen de Velasco en Perú, de 1968 a 1975.

³³ Un autor que apoya el papel de Estados Unidos en Nicaragua y América Central ha comentado que la política estadounidense en la región "auspició odio o yancofobia, que han durado hasta la fecha". Mario Rodríguez, *Central America*, Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1965, p. 177.

³⁴ Muchos nicaragüenses consideran que la injerencia de Estados Unidos en sus asuntos se remonta al caso de William Walker, en 1850. Walker, un estadounidense, proclamó que Nicaragua era suya y se declaró presidente del país.

IMPLICACIONES DEL MITO

Es verdad que hay un elemento marcadamente irracional (incluso xenofóbico) en el antinorteamericanismo nicaragüense. Sin embargo, si los sandinistas son aprensivos, no les faltan razones. Solamente si se considera mitológicamente a los sandinistas como demonios marxistas-leninistas, se puede creer el argumento del gobierno de Reagan de que el nicaragüense representa una amenaza a la seguridad de Estados Unidos y de sus vecinos en América Central. Cualquier análisis racional revela que los sandinistas tienen muchas más bases para desconfiar y temer a Washington que viceversa. Sean cuales sean las armas que compra el gobierno sandinista, sería una locura que las usara contra sus vecinos. El resultado de tal agresión sería el de volver contra Nicaragua a todos los gobiernos de este hemisferio y de Europa Occidental, así como el de arriesgarse a una destrucción total en un conflicto militar con la máxima potencia militar del mundo. Sólo es posible sugerir semejantes intenciones agresivas alegando que los sandinistas están locos, y que los impulsa una ideología ciega a toda consideración, incluso la supervivencia, en su “afán marxista-leninista de dominación mundial”.

Mediante un análisis de hechos, se concluye que las elecciones nicaragüenses del 4 de noviembre de 1984 representaron una importante apertura democrática. Sólo puede rechazarse esta conclusión invocando la metafísica del marxismo-leninismo y el mito de una “agenda secreta” del totalitarismo. Éste es precisamente el argumento que esgrime el gobierno de Reagan para desacreditar las elecciones. El argumento dice que todos los aspectos aparentemente democráticos de las elecciones fueron meras argucias cínicas de los sandinistas para engañar y seducir a los ingenuos; que las elecciones fueron parte de un ejercicio de relaciones públicas cuidadosamente organizado para ocultar el proceso de consolidación de un partido totalitario en el poder; y que una vez que un partido marxista-leninista se consolida en el poder, el resultado es irrevocable, sin posibilidad de democratización³⁵ originada internamente. A los que no se convencen de inmediato con este argumento, les dan pruebas de la “ambigüedad” sandinista. Se alega que en la primavera de 1984, Arce, miembro del directorio del FSLN, “cándidamente reveló los motivos sandinistas para celebrar elecciones” en una reunión cerrada del Partido Socialista Nicaragüense.³⁶ Se afirma que en este discurso Arce ridiculizó las “elecciones burguesas”, y aseguró a su público que la votación sólo serviría para consolidar el poder del FSLN.

³⁵ Este argumento se apega a la distinción entre gobiernos “autoritarios” y “totalitarios” que popularizó Jeane Kirkpatrick. Véase “Sandinista Elections”.

³⁶ Véase “Sandinista Elections”, pp. 2-3. No he podido hallar la fecha precisa de esta reunión. Según parece, tampoco hay informes de primera mano. La naturaleza de rumor de los informes no impidió que los voceros del gobierno de Reagan citaran la “declaración” de Arce. Véase la carta al periódico *The Washington Post* (23 de noviembre de 1984) del coronel Lawrence L. Tracy, miembro del Departamento de Estado.

Por la falta de informes de primera mano, hay razón para dudar que Arce haya hecho tales comentarios, y aunque fuera exacta la versión que da el gobierno de Reagan, este discurso privado es de importancia marginal para juzgar la naturaleza y las consecuencias de las elecciones nicaragüenses. Lo importante no es lo que los sandinistas intenten o esperen hacer, sino lo que las circunstancias políticas y económicas les permiten e incluso les obligan a hacer. Es propio de la metafísica explicar el curso de los acontecimientos políticos en términos de las motivaciones de los actores políticos, sobre todo si se consideran estas motivaciones como dogmas que no cambian frente a las presiones surgidas de circunstancias fuera del control de los actores. En efecto, otra faceta del mito del marxismo-leninismo es que los objetivos de los políticos marxistas-leninistas se determinan ideológicamente, y no hay acomodos a las circunstancias concretas (excepto por razones tácticas): una vez en el poder, la consolidación del marxismo-leninismo es “irreversible” y “todopoderosa”.

LA ELECCIÓN EN SÍ

Cualquiera que haya sido la motivación secreta de algunos de los líderes del FSLN, las circunstancias concretas resultaron en un proceso que constituyó una importante democratización de la revolución nicaragüense. El hecho de que la elección no haya sido más abierta y pluralista puede explicarse, en gran parte, por la pesada injerencia del gobierno de Estados Unidos, no por una agenda oculta de totalitarismo del FSLN.

La ley electoral y la ley que legalizó los partidos políticos fueron objeto de intenso debate en un periodo de dos años. Los partidos de la oposición amenazaron con boicotear el debate (y así lo hicieron en ocasiones), y el FSLN hizo repetidas concesiones para llegar a un acuerdo sobre las condiciones electorales. El sistema que finalmente se aprobó es de representación proporcional, destinada a maximizar la participación de los partidos minoritarios en el proceso legislativo, hecho que ningún observador puede negar. Los resultados electorales verifican esto, pues la oposición obtuvo 33% de los votos válidos y 36% de las curules, de modo que cada partido participante ganó cuando menos dos curules.

Los sandinistas no cedieron en dos reglas electorales que se han vuelto objeto de recriminación. Primero, la mayoría de la oposición se negó a que se otorgara franquicia al ejército regular, en parte porque lo considera abrumadoramente pro-FSLN, y en parte porque no se permitió hacer campaña en las bases militares. La cuestión fue simbólica más bien que de significado práctico. La disputa versó sobre la concesión del derecho de voto a no más de 50 mil personas de un electorado de 1.5 millones. El segundo tema de discusión, la edad para votar, fue de importancia práctica. El FSLN insistió en que fuera 16 años, y los críticos de los sandinistas caracterizaron esta actitud como intento cínico de manipular las elecciones. Según el Departamento de Estado norteamericano, “bajar la edad para votar a 16 años dio el sufragio a más

de 100 mil jóvenes indoctrinados en el sistema de educación controlado por los sandinistas'³⁷. La tesis de que los adolescentes proporcionan una sólida base de apoyo al FSLN es dudosa, ya que éste es precisamente el grupo al que afecta la conscripción militar, que todos los observadores califican de extremadamente impopular.³⁸ De cualquier modo, la polémica sobre la utilización de la edad para votar se basa en una premisa falsa: esa edad era ya de 16 años en el régimen de Somoza, y quien trató de elevarla para obtener ventajas fue la oposición, no los sandinistas.³⁹ Esta flagrante distorsión del hecho es sólo una de las muchas que han hecho los críticos de las elecciones.

Estos críticos alegan que el FSLN limitó el acceso a los medios de comunicación, manipuló la elección con una junta electoral partidista, e intimidó sistemáticamente a los líderes de la oposición. Ninguna de estas acusaciones resiste la prueba de la evidencia. Con respecto a los medios informativos, los dos canales de televisión son propiedad del Estado (un fenómeno común en América Latina), pero 21 de las 39 estaciones radiodifusoras del país son privadas. De los tres periódicos, uno es virulentamente antigubernamental, con una circulación mayor que la de los otros dos combinados.

Es difícil sostener el punto de vista de que los partidos de la oposición, incluso los que decidieron no participar en las elecciones, careciera de la oportunidad de presentar al público sus puntos de vista. La censura a los medios informativos se impuso a principios de 1982, y se levantó, prácticamente, el 1º de agosto de 1984. Las únicas excepciones a la libertad de publicar y transmitir por radio, fueron una relativa a los asuntos militares y otra en el sentido de que los medios de comunicación no podrían promover el abstencionismo en las elecciones. Desde marzo de 1984 hasta las elecciones, solamente se registró un caso importante de censura no militar.⁴⁰

El levantamiento de la censura representó una apertura al debate democrático. No es verdad que el gobierno "requiriera censura previa de todos los artículos y continuara vetando varios artículos del periódico de la oposición todos los días".⁴¹ Se censuraba la información sobre asuntos militares, pero ésta no es una restricción inusitada en los medios informativos cuando un gobierno sostiene una guerra en su propio territorio. En vista de que durante tres meses el periódico más grande de la nación no sufrió restricciones en sus críticas a la política interna del gobierno, de que no hubo censura en 21 estaciones radiodifusoras privadas (incluyendo dos manejadas por la jerar-

³⁷ "Sandinista Elections", p. 5.

³⁸ Todos los partidos de oposición registrados en las elecciones de 1984 se opusieron a la conscripción militar, incluyendo los tres de izquierda.

³⁹ Véase el *Informe* de la LASA.

⁴⁰ A fines de octubre de 1984, el gobierno censuró la información de *La Prensa* sobre el retiro de las elecciones de Virgilio Godoy (candidato a presidente del Partido Liberal Independiente), pero el retiro no fue censurado en la televisión estatal y poco antes de las elecciones *La Prensa* publicó un informe no censurado sobre ese retiro. Véase el *Informe* de la LASA para un análisis de la censura.

⁴¹ "Sandinista Elections", p. 7.

quía de la Iglesia Católica, aparte de las estaciones fuera del país, algunas de ellas operadas por bandas contrarrevolucionarias) y de que los partidos contendientes publicaron e hicieron circular libremente su propaganda, un observador de mentalidad razonablemente abierta debe concluir que la censura tuvo poco efecto en el debate político y las elecciones.⁴² Además, el canal de televisión gubernamental transmitió una serie de debates en vivo en los que participaron los siete partidos contendientes, y se otorgó a la oposición tiempo gratuito por radio y televisión (15 y 30 minutos por día, respectivamente).

La cuestión de la independencia del Consejo Supremo Electoral (CSE) está estrechamente vinculada con la supuesta intimidación de los partidos de la oposición, ya que el CSE tuvo la responsabilidad legal de asegurar una campaña electoral abierta. En el exterior se hizo mucha publicidad a casos de mítines de la oposición disueltos por contramanifestantes, quienes supuestamente actuaron con conocimiento y respaldo del FSLN. La imagen general que presentó la prensa extranjera tendió a sustentar la visión del gobierno de Reagan de un proceso electoral nicaragüense destrozado por la violencia y por bandas de "camisas pardas" sandinistas.

Esta imagen no tiene relación con los acontecimientos reales. El CSE, responsable de investigar todas las violaciones en la campaña, recibió solamente ocho quejas por escrito de ataques a mítines en el periodo del 1º de agosto hasta el día de las elecciones (4 de noviembre de 1984).⁴³ Aparte de estos ocho, cuatro incidentes más afectaron a grupos políticos no registrados (Arturo Cruz y Coordinadora Democrática). Primero, debe advertirse que 12 incidentes en los que nadie resultó gravemente lastimado, en un periodo de 13 semanas (del 1º de agosto al 4 de noviembre), no sientan una marca de violencia electoral conforme a los estándares del hemisferio. Además, con base en información de los partidos opositores, entre 150 y 200 mítines tuvieron lugar en ese periodo, de modo que más de 90% estuvieron libres de incidentes serios. Finalmente, ningún partido de la oposición presentó quejas de ataques contra mítines durante las últimas seis semanas de la campaña (aunque se presentaron otros tipos de quejas). Con base en las evidencias, se puede concluir que las interferencias con los mítines políticos fueron un fenómeno limitado, que terminó del todo en la segunda mitad de la campaña.⁴⁴

Otros alegatos de intimidación aparecieron en la prensa extranjera, pero ninguno soporta un examen minucioso. Por ejemplo, Godoy dijo a un repor-

⁴² "Para los propósitos de este informe, era importante preguntar si la censura de prensa [...] restringió seriamente la libertad de palabra de un candidato o si le impidió transmitir al electorado el mensaje de su partido. Nuestra delegación concluyó que no fue el caso." *Informe de la LASA*, p. 22.

⁴³ El CSE abrió sus archivos a la delegación de la LASA, incluso permitió fotocopiar documentos. La delegación confirmó, en entrevistas con representantes de todos los partidos de la oposición, que sólo hubo ocho quejas. El sabotaje de mítines lo analiza el *Informe de la LASA*, pp. 23-25.

⁴⁴ En parte, la razón de que estos incidentes se hayan exagerado tanto es la declaración de Daniel Ortega, quien pareció condonarlos. Esta declaración refleja la ideología anarco-populista del FSLN.

tero del *Wall Street Journal* que la policía detuvo a los miembros del comité juvenil de su partido en una ciudad de provincia (otra versión afirma que los enrolaron en el ejército), y el Departamento de Estado norteamericano reportó este incidente como un hecho.⁴⁵ En realidad, el partido de Godoy no presentó ninguna queja al respecto, aunque este mismo partido expuso, ante el CSE, el mayor número de denuncias de supuestas violaciones en la campaña. La obvia conclusión es que al calor de la campaña electoral se hacen acusaciones que deben escucharse con escepticismo. Quizá el asunto general de la violencia y la intimidación quede mejor resumido si hacemos notar que, desde el momento en que comenzó el debate político abierto (al llegar Arturo Cruz a Managua el 22 de julio de 1984) hasta el día de las elecciones, no hubo muertos, heridos graves, ni destrucción considerable de propiedad atribuibles a las actividades políticas, excepto las muertes, lesiones y daños a la propiedad que causaron las bandas contrarrevolucionarias financiadas por Estados Unidos.

La última cuestión importante por tratar es el argumento de que el FSLN forzó a la "oposición real" a salir de la campaña electoral, de modo que para todos los propósitos prácticos no presentara resistencia considerable. Este argumento se basa en que un frente de oposición nunca convino en participar, y que en los últimos días antes de la votación dos partidos participantes se dividieron por una polémica interna acerca de si debían participar o no en las elecciones. Los críticos de los sandinistas concluyen que la no participación de estos grupos reflejó una falta de garantías mínimas para elecciones justas. El hecho es que Arturo Cruz y la Coordinadora Democrática decidieron por su propia voluntad no participar; que Virgilio Godoy, del Partido Liberal Independiente, se retiró una semana antes de las elecciones, pero su compañero de campaña, candidato a la vicepresidencia, continuó; y que se mantuvo en la contienda Clemente Guidó, candidato presidencial del Partido Demócrata Conservador, aunque es posible que una mayoría de los delegados en un congreso de este partido favorecieran la abstención. Por qué ocurrió esto, es cosa de conjeturas.

Todo el asunto de la participación electoral, particularmente con respecto a Cruz y la Coordinadora Democrática, lo han presentado los críticos del FSLN en términos casi moralistas: según ellos, la Coordinadora Democrática representa la verdadera alternativa al FSLN, y se vio forzada a retirarse cuando encaró un proceso electoral antidemocrático y amañado. Esta interpretación no es satisfactoria por múltiples razones. Primero, la no participación en las elecciones no es una táctica inusitada en América Latina y el Caribe. Por ejemplo, la oposición se abstuvo de participar en las elecciones de Jamaica en 1983, dejando que el partido en el poder ganara sin disputa todas las curules parlamentarias. Sin embargo, Washington no ha dicho que el primer ministro Seaga y su gobierno sean ilegítimos o autoritarios. La abstención es una buena táctica para los partidos de oposición que están inseguros de contar con apoyo y anticipan su derrota en las urnas. Es una táctica especialmente tentadora

⁴⁵ "Sandinista Elections", p. 9.

cuando el proceso electoral en sí no está firmemente institucionalizado, y la población votante quizá juzga con escepticismo el papel de las elecciones en el contexto político. Estas condiciones prevalecieron en Nicaragua. Hubo consenso entre los observadores extranjeros de que el FSLN ganaría cualquier elección, como quiera que se organizara. La fuerza de la oposición fue asunto de conjeturas, particularmente la del grupo de Cruz. Si bien Cruz ocupó varios puestos gubernamentales prominentes en Nicaragua desde 1979, había vivido en el país muy poco tiempo en los últimos diez años, y nadie afirmarí­a que desempeñó un papel notable en el derrocamiento de Somoza. Si Cruz hubiera participado en las elecciones, no es seguro que hubiese quedado en segundo lugar, mucho menos en primero. Al no participar, Cruz quizá se colocó, después de las elecciones, en una posición más fuerte que si hubiera participado con una mala actuación. De cualquier modo, hay considerable evidencia de que el grupo de Coordinadora Democrática nunca intentó participar, y de que el gobierno de Estados Unidos le aconsejó vehementemente no hacerlo.⁴⁶

Si las elecciones nicaragüenses se consideran como una disputa entre políticos, más bien que como una lucha entre el bien y el mal, entonces la no participación de la Coordinadora y la división en otros dos partidos pueden analizarse. Podría alegarse que la táctica abstencionista benefició a la Coordinadora Democrática. Como habría representado al más derechista de los partidos contendientes, es razonable suponer que no habría quitado muchos votos al FSLN. Esto la habría dejado en posición de competir con los conservadores-demócratas, liberales-independientes y cristianos-popular-sociales por algo más de 30% de los votos. Aunque hubiera obtenido la parte del león, no habría sido impresionante. Por otro lado, como resultado en gran medida de la táctica del abstencionismo, la Coordinadora Democrática indujo al gobierno a iniciar un "diálogo nacional". En este foro *ad hoc* que se reunió primero el 31 de octubre de 1984, el grupo de Cruz tuvo considerablemente más aliados de los que habría tenido como partido minoritario en la Asamblea Nacional. Estuvieron presentes no sólo los partidos de derecha, sino representantes de la jerarquía eclesiástica, virulentamente antigubernamental.⁴⁷ En una asombrosa demostración de flexibilidad, los representantes del FSLN convinieron en una agenda que preveía la posibilidad de efectuar nuevas elecciones en el futuro próximo. Al abstenerse, el grupo de Cruz logró despertar dudas sobre la legitimidad de las elecciones, particularmente entre los cristianos-demócratas y los social-demócratas europeos. Parece que la Coordinadora libró en gran parte su cam-

⁴⁶ Un importante diplomático estadounidense en América Central comentó: "Cuando los miembros de la Coordinadora emitieron su declaración de nueve puntos (en diciembre de 1983), el contenido de la misma demostró que ya habían decidido no participar." Entrevista otorgada a la delegación de la LASA el 30 de octubre de 1984. Poco antes de las elecciones, el periódico *The New York Times* (26 de octubre de 1984) informó que la política de Estados Unidos era presionar para que el mayor número posible de partidos de la oposición se retirasen de las elecciones. El informe se basó en reportes de funcionarios anónimos del Departamento de Estado.

⁴⁷ A la primera celebración del "diálogo", asistieron 86 personas que representaban a 29 organizaciones, incluyendo 23 delegados de la Coordinadora Democrática. Véase *La Prensa*, 1º de noviembre de 1984.

pañña fuera de Nicaragua y ganó la batalla de la propaganda internacional a los sandinistas. Al hacerlo, se aseguró en Nicaragua una fuerza política más allá de la que habría podido esperar en las urnas. Según fuentes informadas, el éxito de la táctica abstencionista de la Coordinadora Democrática influyó en gran parte al candidato presidencial de los liberales-independientes, Godoy, para retirarse de los comicios dos semanas antes de que se efectuaran.⁴⁸ La acción de Godoy dio a su partido una participación en la nueva asamblea constituyente y el beneficio político del abstencionismo.

A pesar de la ausencia del grupo de Cruz en los comicios y de las divisiones en los dos partidos de oposición, el votante nicaragüense tuvo frente a sí una amplia gama de opciones el día de la votación, considerablemente más amplia que la que disfrutaron los votantes en El Salvador (1984), Guatemala (1984) y Honduras (1982). Sin embargo, ninguno de los seis partidos de oposición abogó abiertamente por un acuerdo político con los insurgentes armados (esta alternativa tampoco se presentó a los votantes salvadoreños), aunque el grupo de Cruz pugnó por ese acomodo y esta posición se discutió públicamente.⁴⁹

La copiosa votación en favor de los partidos opositores en las elecciones, por la que obtuvieron 35 de 96 curules en la Asamblea Nacional,⁵⁰ sugiere que los votantes en verdad estaban desilusionados de muchas políticas gubernamentales, particularmente de la conscripción militar. Interpretar los resultados como indicación de un movimiento hacia el "totalitarismo" al estilo cubano o soviético (donde existe sólo un partido y los candidatos oficiales rutinariamente reciben más de 90% de los votos) es absurdo.

LO QUE OCURRIÓ EN NICARAGUA

El argumento medular de los críticos del sandinismo es que las elecciones fueron ilegítimas porque no hubo una "verdadera disputa por el poder". Esta frase implica que la oposición no tenía esperanzas de ganar, y aunque hubiera triunfado, los sandinistas no tenían la intención de entregar el poder.⁵¹ Este argumento es parte del mito del marxismo-leninismo.

⁴⁸ También podría señalarse que un día antes de retirarse, Godoy recibió la visita del embajador de Estados Unidos en Nicaragua, Harry Bergold, y del consejero político de la embajada, J. Michael Joyce. Previamente le habían buscado el Secretario Auxiliar para Asuntos Interamericanos de Estados Unidos, Langhorne Motley y Harry Shlauderman, enviado especial del presidente en América Central. Véase el *Informe* de la LASA, p. 31.

⁴⁹ Cuatro días antes de las elecciones, Cruz se reunió en Washington con el Secretario de Estado norteamericano, Charles Schultz. En una conferencia de prensa, se refirió a los miembros del importante grupo "contra" como "nuestros estimados conciudadanos que escogieron la ruta de la guerra". Esta conferencia de prensa se publicó en *La Prensa* al día siguiente, en primera plana. Cruz abogó públicamente por negociaciones con los "contras" mientras estuvo en Nicaragua, del 25 de julio al 5 de agosto de 1984. Véase el *Informe* de la LASA, p. 19.

⁵⁰ La distribución final quedó así: FSLN, 61; conservadores-demócratas, 14; liberales-independientes, 9; cristianos-popular-sociales, 6; y el Partido Socialista, el Partido Comunista y el Movimiento de Acción Popular, dos cada uno. Abstenciones y votos anulados representaron alrededor del 6% de los votos.

⁵¹ "Sandinista Elections", pp. 2-3.

Es posible imaginar tres circunstancias electorales en las que el poder político realmente no está "en juego": 1) cuando el partido en el poder no permite que haya oposición (Cuba y Europa Oriental); 2) cuando existe la oposición pero la estructura institucional excluye *de facto* la transferencia del poder mediante elecciones (México); y 3) cuando por diversas razones el partido en el poder ha establecido una posición de tanta fuerza que la probabilidad de su derrota electoral es prácticamente nula (las elecciones norteamericanas de 1984 y las británicas de 1983). Como el primer caso evidentemente no corresponde a Nicaragua, los críticos de las elecciones afirman que está en el segundo, no en el tercero.

Para establecer la validez de la segunda interpretación, tendrían que verificarse argumentos que, según vimos en la sección anterior, carecen de fundamento. A menos que pueda presentarse una prueba contundente de que los partidos de oposición efectivamente no pudieron competir, el segundo caso se confunde con el tercero. Toda la conducta del FSLN respecto a las elecciones puede explicarse en el contexto de un partido político dominante que no temía una derrota electoral. La sólida posición del FSLN en 1984 se debe a que precipitó la caída del régimen de Somoza. Prácticamente todos los nicaragüenses eran opositores de Somoza; muchos tomaron medidas para derrocarlo; los sandinistas hicieron que esto ocurriera. Este solo hecho dio al FSLN una base de apoyo que no pudieron borrar tres años de dificultades económicas.⁵²

En segundo lugar, el gobierno sandinista, a pesar de las dificultades económicas, ha otorgado beneficios concretos a la población. Aun los críticos más severos del gobierno nicaragüense aceptan que ha tenido lugar una importante redistribución del ingreso y de los servicios en los últimos cinco años. Los principales programas han sido la ampliación de las oportunidades de educación (incluyendo una campaña masiva de alfabetización), de los programas de medicina preventiva y del subsidio a los alimentos básicos. Desde 1979, el FSLN ha efectuado una extensa campaña de propaganda para convencer a la población de los beneficios de la revolución, que atribuye a su liderazgo. El gobierno también ha tenido éxito considerable al vincular las dificultades económicas con circunstancias fuera de su control: los bajos precios de los productos primarios, el colapso del Mercado Común Centroamericano y la agresión económica y militar de Estados Unidos. Considerando el papel deliberado del gobierno de Estados Unidos en el esfuerzo por desestabilizar la economía nicaragüense, este último argumento tiene mucha credibilidad.⁵³

Además, durante los dos años del estado de emergencia (1982 y 1983), el FSLN tuvo prácticamente el monopolio de la actividad política. Así, llegó a las elecciones de 1984 con una reserva de apoyo basada en el derrocamiento de Somoza; con un llamado al nacionalismo, ante la perspectiva de invasión,

⁵² La economía creció 10% en 1980 y quizá 4% en 1981. En 1982 el ingreso nacional real declinó, y se puede ser un poco escéptico frente a la aseveración oficial de que la tasa de crecimiento fue de 5% en 1983. El crecimiento real fue sin duda negativo en 1984.

⁵³ Véase Michael E. Conroy, "External Dependence, External Assistance, and Economic Aggression against Nicaragua", en Thomas Walker (ed.), *The Nicaraguan Revolution: Five Years After*.

en respuesta a las críticas por sus errores políticos; y con una gran superioridad respecto a la oposición en lo que se refiere a propaganda política. Estas ventajas no implican que las elecciones carecieran de significado en Nicaragua, sino que la oposición no podía esperar victoria. El hecho de que la oposición no tuviera perspectivas de ganar las primeras elecciones relativamente abiertas y reñidas en la historia nicaragüense, no niega que el poder político estuviera en juego y fuera objeto de encarnizada disputa.

Dos preguntas fundamentales deben hacerse al juzgar las elecciones nicaragüenses. En primer término, ¿quedó la oposición civil al FSLN en una posición más fuerte o más débil después de las elecciones? Un juicio equilibrado debe concluir lo primero. A pesar de considerables desventajas, los partidos políticos registrados demostraron contar con una tercera parte del electorado, y pueden alegar que esa parte habría sido mayor si no hubiera ocurrido desorden en su propio campo (la retirada de Godoy y la división del Partido Demócrata Conservador). La facción abstencionista (Coordinadora Democrática) obtuvo una clara victoria en la guerra internacional de propaganda, estableciéndose ante los ojos del exterior como la oposición "real". Además, en la nueva estructura política, la oposición tiene considerablemente más oportunidades que antes. Ahora, el liderazgo del FSLN ya no puede gobernar por decreto, de modo que las principales cuestiones políticas —la censura a los medios informativos, la conscripción militar y el presupuesto nacional— quedan abiertos a debate.

En segundo lugar, ¿iniciaron las elecciones un debate político serio? La respuesta es obvia nuevamente. La arena política civil nicaragüense está más abierta ahora y hay más competencia que en cualquier otro momento de la historia del país. Esta mayor fuerza de la oposición legítima y el debate político no son resultado de las motivaciones bondadosas y democráticas del liderazgo del FSLN. Atribuir la apertura democrática a esas causas es tan absurdo como el mito de la agenda secreta marxista-leninista. El liderazgo del FSLN lo forman nueve hombres con motivaciones políticas, expuestos a la presión política y profundamente divididos.⁵⁴ En los últimos cinco años, este liderazgo ha enfrentado enormes problemas económicos y políticos, algunos causados por ellos mismos. La presión de estos problemas ha tenido el efecto de convencer a cuando menos una mayoría del liderazgo de que la solución a las dificultades presentes y futuras radica en parte en el proceso de democratización. Tal vez la base del pluralismo político nunca sea tan firme como cuando alguien la defiende pragmáticamente, por su propio interés.

Apenas habían cerrado las casillas electorales en Nicaragua cuando el gobierno de Estados Unidos emprendió una nueva ofensiva de propaganda anti-sandinista: afirmó que modernos aviones de guerra iban hacia Nicaragua para utilizarse contra los países vecinos. Esta acusación posteriormente refutada y las apenas veladas amenazas de acción militar de Estados Unidos, provocaron

⁵⁴ Esto lo aceptan incluso los críticos de los sandinistas. Véase Arturo Cruz Sequeira, "Nicaragua: A Revolution in Crisis", *SALS Review*, 4 (1), 1984.

una casi histeria en Nicaragua. Poco después de las amenazas, que incluyeron vuelos sobre Nicaragua de aviones militares estadounidenses, el gobierno restableció la censura y suspendió el “diálogo nacional”. Quienes interpretan las acciones de los sandinistas como parte de una “agenda secreta”, señalan estas medidas como prueba de un designio totalitario y de que las elecciones fueron una farsa.⁵⁵ Por otro lado, podría pensarse que una parte del liderazgo del FSLN dudaba desde el principio de las elecciones por considerar que distraerían al gobierno y a la población de la tarea principal de defensa contra un ataque de Estados Unidos. Esta parte del liderazgo se vio quizá justificada por las amenazas de Washington, mientras que la que apoyó las elecciones como medio de lograr la reconciliación interna y el favor internacional tal vez se descreditó momentáneamente.

El liderazgo sandinista repetidas veces se ha mostrado sensible a las presiones internacionales y políticamente flexible. Esto no es sorprendente, pues su supervivencia está en juego. En vista de la amenaza militar, la estrategia de supervivencia menos riesgosa para el liderazgo sandinista sería poner fin a la apertura democrática. Esa estrategia eliminaría la necesidad de distinguir entre la oposición leal y la contrarrevolucionaria, y podría legitimarse en la medida en que todos los gobiernos justifican la represión cuando está amenazada la seguridad nacional. Interrumpir la democratización sería prueba del instinto de supervivencia de los políticos, no de la existencia de una agenda marxista-leninista.

Cierta presión externa puede ejercerse para que el liderazgo cobre interés en proseguir la apertura democrática, y ésta ha sido la estrategia de los gobiernos de países de Europa Occidental y América Latina. El éxito de esa presión requiere del apoyo o cuando menos de la anuencia de Washington. Ese cambio de política en Washington supone aceptar un gobierno en América Central que no es cliente de Estados Unidos, y que será antiyanqui en el futuro previsible. La historia de la política de Estados Unidos hacia la región sugiere que semejante régimen es inaceptable para cualquier gobierno estadounidense, republicano o demócrata.

⁵⁵ Véase Arturo Cruz, “Managua’s Central Problem”, *The New York Times*, 6 de diciembre de 1984.